

“¿Todo lo que acontece en el mundo se encuentra o no determinado hasta el último detalle? Dicho de otra manera: ¿existen leyes que gobiernan la marcha de los acontecimientos tanto en la naturaleza como en el espíritu?, o bien, ¿nos enfrentamos, al menos hasta cierto grado, al reino del azar, de lo arbitrario, de acuerdo al término que preferamos emplear?” “¿Qué significa entonces este continuo cambio en lo que designamos como real?” “¿Qué hay de suficientemente cierto en lo que sabemos y podemos comunicarnos como para escapar a todas las dudas?” Estas interrogantes, que bien podríamos adjudicar a algún filósofo, son extraídas de tres textos salidos de la mano del padre del cuanto, Max Planck, quien realizara este hallazgo hace cien años, revolucionando la física del siglo xx.

Es muy probable que, por la tradición de su país, Planck tuviera cierta formación filosófica, sin embargo, seguramente nunca se imaginó que su descubrimiento fuera el inicio de una cadena de hallazgos y propuestas teóricas que lo llevara a casi impartir cátedra de esta materia. Lo mismo se puede decir de Einstein, Bohr, Heisenberg, Langevin, Schrodinger, Bohr y otros tantos físicos de la época que, al mismo tiempo que construían y discutían la teoría cuántica, tuvieron que adentrarse en debates filosóficos que remontaban a Berkeley y Kant, los cuales resurgían con una fuerza y pasión inesperada, provocando enfrentamientos incluso entre ellos, y cuyos ecos aún no se acallan.

Pero no sólo eso. Las circunstancias también los pusieron ante un dilema que tampoco imaginaron: la fabricación de la primera arma nuclear. La participación de algunos de ellos en la creación de la bomba que destruyó Hiroshima y Nagasaki, así como la de otros que, por voluntad o por fuerza, tuvieron que hacerlo en los fallidos intentos emprendidos por el régimen nazi en el mismo sentido, fue un acontecimiento definitivo en la historia de la ciencia, a tal punto que todavía es causa de acres discusiones, que van desde el nivel individual hasta el que engloba las relaciones de la ciencia con los demás ámbitos de la sociedad.

En esta compleja historia, ciencia, filosofía, política, tecnología, nacionalismo, humanismo, guerra, ética y un largo etcétera entretejen una intrincada trama, en donde, muy en contra de lo que nos ha acostumbrado la extrema especialización que vivimos, resulta difícil separar un aspecto de otro, y a pesar de documentos nuevos, de tantos estudios de diversa índole realizados en torno a ella, de los innumerables debates científicos y filosóficos, aún quedan cabos por atar para poder escribirla completa. No obstante, inacabada como está, es una historia que incita a la reflexión en múltiples niveles —desde la física misma, hasta la ciencia en su totalidad y sus relaciones con la sociedad—, y proporciona elementos para mejor comprender lo que vivimos. Es por ello que, a cien años de su inicio, *Ciencias* se suma gustosamente en este número a su conmemoración.